

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE EL WORLD

AFFAIRS COUNCIL DE LOS ANGELES

LOS ANGELES, 11 de Mayo de 1992.

Señoras y Señores:

Muchas gracias por su presentación tan encomiástica, que me confunde por su benevolencia.

Quiero agradecer también, por supuesto, la invitación del World Affairs Council para compartir con ustedes algunas reflexiones sobre los desafíos de mi país y las posibilidades que en conjunto nos brinda el nuevo escenario internacional.

Me resulta particularmente grato reunirme con ustedes en esta ciudad de Los Angeles, cuyo nombre no en vano se pronuncia en español. Esta gran urbe, que ha revolucionado el concepto mismo de ciudad, comparte con nosotros vínculos históricos que se remontan a las épocas coloniales. Nos liga también la geografía.

Hemos nacido mirando el Océano Pacífico, que ha marcado nuestra vocación marítima y comercial. Ambos somos víctimas, cuando menos lo esperamos, de las sorpresas de la geología. Los terremotos han templado nuestro carácter. Pero, por sobre todo, compartimos la voluntad de hacer de nuestras naciones una tierra libre y digna para todos.

Desde Marzo de 1990 Chile vive en democracia. Desde entonces Chile también ha vuelto a ser parte activa de la comunidad internacional. El diálogo de nuestro país con el resto del mundo había quedado suspendido durante el paréntesis autoritario. Los chilenos, ciudadanos de un país pequeño y apartado, pero abierto al mundo, entramos con orgullo a esta nueva era.

El viaje que actualmente realizamos en vuestro país constituye un ejemplo especialmente importante de esta tendencia. No tengo dudas que esta visita contribuirá positivamente a fortalecer el entendimiento, el comercio y la inversión entre

Chile y los Estados Unidos.

El gobierno que presido busca consolidar la democracia. Deseamos también lograr un crecimiento económico sostenido, con dosis crecientes de justicia social. El contexto político es especialmente promisorio, ya que nuestro país ha podido llevar a cabo una transición a la democracia ejemplar por su carácter pacífico y consensual.

Como dije el día en que tuve el honor de asumir la Presidencia, hemos buscado "conservar lo bueno, corregir lo malo y mejorar lo regular". Tras dos decenios de experimentos de diverso signo -modelo de sustitución de importaciones, planificación centralizada, economía de mercado- Chile no deseaba partir de cero. Hemos buscado consolidar un régimen de economía abierta, en que el mercado tiene el papel central en la asignación de recursos y donde el accionar del Estado tiene como tareas principales garantizar la estabilidad de las reglas del juego e ir en ayuda de los sectores más pobres de la sociedad.

Pensamos que nuestras metas son alcanzables a través de un conjunto de políticas que sean prudentes en el manejo de las variables económicas y, al mismo tiempo, creativas e innovadoras en lo social. Este último elemento requiere también importantes cambios, los que hemos impulsado.

Se han concretado reformas tributarias, laborales y arancelarias, intentando que nuestro sistema económico sea más competitivo pero también más justo y solidario. Estas tres grandes reformas se hicieron con el apoyo de una amplia mayoría parlamentaria. Todo ello refleja un país maduro, que sabe lo que quiere y es capaz de lograrlo a través del proceso democrático.

Al inicio de nuestra gestión, consolidar un clima económico de confianza y estabilidad aparecía como uno de nuestros mayores desafíos. Al cabo de un poco más de dos años de gobierno, dicho desafío ha sido superado.

Prueba de ello son la fortaleza de nuestra moneda en los mercados, la magnitud de las reservas internacionales, el comportamiento de la bolsa de valores y, muy especialmente, el de la inversión extranjera. Tanto en 1990 como en 1991 la inversión extranjera directa ha alcanzado alrededor de 1.100 millones de dólares, cifra superior en más de 25 por ciento al desempeño observado el año '89.

Estados Unidos es, por amplio margen, el principal inversionista extranjero en Chile. En el período 74-91, la inversión estadounidense materializada en Chile totalizó 2.550 millones de dólares, representando un 35 por ciento del total en el período.

Estas cifras no hacen otra cosa que reflejar la gran acogida que los inversionistas estadounidenses han tenido en Chile. Así, han podido concretar los más variados proyectos en áreas claves del desarrollo nacional, tales como minería, forestal, servicios financieros y, recientemente, en el área de telecomunicaciones.

Extraordinarios son también los 1.489 millones de dólares en nuevos proyectos autorizados, de origen norteamericano, en el curso de 1991, cifra que augura un alto nivel de inversión a materializarse este año y los que vienen.

Este ambiente de confianza se fundamenta en hechos concretos. Para 1991 el gobierno se fijó como meta una inflación de alrededor del 18 por ciento y un crecimiento de 5 por ciento. El año concluyó con una inflación de 18.7 por ciento y una tasa de expansión del producto de 6%.

El comportamiento de los precios es digno de ser realzado, habiendo caído la tasa de inflación en un tercio -a partir del 27 por ciento el año '90- en el último año. Estamos empeñados en alcanzar tasas de inflación de un dígito dentro de los próximos años.

Alcanzar estas metas no ha sido ni será tarea fácil. Se requiere prudencia monetaria y especialmente fiscal. El año recién pasado concluyó con un superávit fiscal, logro también alcanzado en 1990. Al mismo tiempo, se registró un fuerte aumento en el gasto social -especialmente en salud, educación, vivienda y previsión- y en la inversión pública en infraestructura, caminos, puertos, obras de regadío, fundamentalmente.

Las cuentas externas de nuestro país son igualmente sólidas. En 1991 el superávit comercial alcanzó a 1.576 millones de dólares, con las exportaciones no-tradicionales mostrando gran dinamismo al crecer a una tasa anual cercana al 20%.

Unido esto a la exitosa renegociación de la deuda externa, concluida en 1990, y al importante flujo de inversión hacia nuestro país, tenemos un cuadro global de amplia abundancia de divisas, las que podrán ser utilizadas para financiar el crecimiento futuro de la economía chilena. Proyectamos para este año un crecimiento cercano al 6.5 por ciento, acompañado de una inflación decreciente y de la creación de un número sustancial de nuevos empleos.

Profundizar el comercio internacional es otro objetivo central de nuestra política. Por ello, el año pasado rebajamos los aranceles aduaneros en más de un tercio, nuestro arancel de importación es de un 11% parejo, reafirmando así la posición de Chile como una de las economías más abiertas de la región y, posiblemente, del mundo.

En el plano internacional, Chile ha cumplido su deber para con la comunidad de naciones jugando un papel activo en el GATT, instancia en la que hemos presentado ofertas para consolidar la apertura de nuestro régimen comercial, tanto en bienes como en servicios. Esperamos que otras naciones, particularmente en el mundo industrializado, hagan otro tanto, apoyando una conclusión exitosa y pronta de la Ronda Uruguay.

Los acuerdos comerciales bilaterales son otro instrumento clave en esta estrategia. Suscribimos así, en Septiembre de 1991, el primer Acuerdo de Libre Comercio entre países de Latinoamérica con México. Concebimos este acuerdo como el primero de una nueva generación en América Latina. Los esfuerzos de integración en el continente tienen una larga historia, no siempre exitosa.

A pesar de una multiplicidad de documentos y una proliferación de instituciones de integración, las economías latinoamericanas han permanecido hasta hace muy poco relativamente cerradas al comercio mutuo. Con ello, los beneficios del libre comercio han estado vedados a nuestros pueblos.

Hoy eso está cambiando. El Acuerdo entre Chile y México es emblemático de estos nuevos tiempos y muy distinto de los intentos integracionistas del pasado. Se trata de un Acuerdo simple, pero al mismo tiempo amplio y ambicioso, que asegura la apertura de la casi totalidad del comercio bilateral a más tardar el 1° de Enero de 1998.

Chile observa, asimismo, con gran interés la evolución del Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte. Sabemos lo difícil que resulta conciliar los intereses de trabajadores, empresarios y gobierno de los tres países en una negociación de esta envergadura. Ello no debe hacernos pensar, sin embargo, que el esfuerzo es estéril. Por el contrario, las grandes empresas nunca están exentas de dificultades en el camino, tal como lo pueden atestiguar los países de la Comunidad Económica Europea, quienes recién este año han podido concretar la gran obra de construir un Mercado Común, luego de haber empezado el proceso de integración económica en la década de los 50.

Pero este esfuerzo integrador deber ir más allá. Es por ello que Chile ha apoyado decididamente la Iniciativa de las Américas, propuesta por el Presidente Bush en Junio de 1990.

Vemos en esta Iniciativa una oportunidad histórica para consolidar la democracia y el crecimiento económico en nuestro hemisferio.

Tengo hoy la fortuna de estar en Los Angeles y puedo constatar personalmente la gran contribución económica y cultural que la comunidad hispana ha hecho al desarrollo de este Estado. Los hispanos, al igual que la gran afluencia de emigrantes de

otras latitudes, llegan acá con la esperanza de alcanzar niveles de vida que sus propios países no han sido capaces de ofrecerles. Qué maravilloso sería que pudiésemos generar bienestar a través de un comercio libre de bienes y servicios entre nuestros países, haciendo así innecesaria la muchas veces traumática experiencia de la emigración.

Con esta meta por delante, Chile ha apoyado la Iniciativa en los tres componentes de inversión, deuda oficial y comercio. Hasta el momento, Chile ha dado un número importante de pasos en todos estos frentes. Nuestro país fue el primero de la región en obtener, bajo el marco de la Iniciativa, un préstamo sectorial de inversiones de 150 millones de dólares por parte del BID. Fuimos también los primeros en concretar una reducción de nuestra deuda oficial con los Estados Unidos.

Pero creo que todos estamos de acuerdo que el comercio es el elemento central de esta propuesta. En este plano se ha avanzado, pero queda mucho por hacer. Hemos firmado un Acuerdo Marco con EE.UU., en el que figuran los principios y metas que regirán nuestro esfuerzo de integración.

Chile ha manifestado su interés en avanzar hacia la negociación de un Acuerdo de Libre Comercio entre ambos países. Estados Unidos ha hecho otro tanto.

Estamos conscientes de que la senda hacia un Acuerdo de este tipo es necesariamente larga y compleja. Somos sensibles también a las restricciones políticas que cualquier país enfrenta al pretender abrir significativamente su mercado interno.

Al mismo tiempo, la dinámica propia del proceso requiere que actuemos con prontitud. El entusiasmo que esta Iniciativa ha despertado en el continente debe ser reafirmado con nuevos y concretos logros. Ello requiere liderazgo, y el apoyo activo de la comunidad política, empresarial y académica en ambos países.

Consolidar el libre comercio adquiere especial importancia en vista de las amenazas recientes al proceso democrático que hemos observado en algunos países de la región. Con suerte, los años noventa podrían ser la década de la consolidación democrática y la reforma económica.

Pero no debemos olvidar que las democracias del continente son frágiles. La pobreza constituye una amenaza permanente a la estabilidad democrática.

Enfrentados con problemas aparentemente insolubles, algunos latinoamericanos ceden frente a la ilusión de buscar una alternativa autoritaria que pueda ordenar la economía y la sociedad. Tal fórmula ilusoria no ha funcionado en casi dos siglos de vida independiente. Tampoco funcionará en el futuro.

La única fórmula viable es la colaboración y la búsqueda de consensos. Este largo y a veces frustrante camino se verá facilitado si los ciudadanos de América Latina se perciben como miembros de una empresa de mayores proporciones, de una comunidad global con normas mínimas de comportamiento democrático.

En el campo económico, la integración internacional es también clave, ayudando a delinear un horizonte de prosperidad futura que compense los sacrificios que nuestros ciudadanos deben inevitablemente hacer en el corto plazo.

Por todo ello, una mayor integración política, económica y comercial es condición necesaria para la consolidación democrática en nuestro hemisferio. El momento que vive el mundo debería facilitar este proceso.

Estoy convencido de que el fin de la guerra fría y la desideologización del debate público, traerán grandes beneficios a nuestra región.

Quizá por primera vez en nuestra historia, los países de América tenemos la posibilidad de superar las distancias que nos han separado entre pobres y ricos, democráticos y autoritarios. Por primera vez podemos aspirar a un hemisferio que encuentre unidad en su diversidad, con el amor a la democracia como el nexo común entre nuestras distantes geografías. El desafío es grande. También debe ser grande y firme nuestra voluntad.

Muchas gracias.

* * * * *

LOS ANGELES, 11 de Mayo de 1992.

MLS/EMS.